

ta y tres de los lores, que hicieron todo lo posible para tranquilizar el encarnizamiento de sus colegas é inspirarles sentimientos de paz; pero esto pareció un procedimiento *papal y jesuítico* y mutuamente se acusaron de lesa majestad.

Ambos partidos pensaron en procurarse dinero; y entre los diferentes medios que se emplearon figuró el *excesivo*, impuesto nuevo sobre las bebidas espirituosas, el aceite, los higos, el azúcar, las pastas, la pimienta, la sal y el tabaco, la seda, el jabón y la carne. Continuó despues como ha sucedido con otras tantas invenciones revolucionarias. Aún hubo otra, y fué la de imponer un día de ayuno á la semana á los habitantes de Londres, mandando que su importe se entregase al tesoro.

Comenzó entonces á manifestarse una faccion que hasta entonces se habia disfrazado bajo el sombrero de los presbiterianos. Ya en tiempo de Isabel, Roberto Brown habia predicado que siendo viciosos los ministros é idólatra el culto de la iglesia anglicana, el único medio de salvacion era separarse de él. Desechaba toda categoría, toda diferencia entre los eclesiásticos y los legos, no admitia forma exterior, símbolo ni disciplina, en atencion á que segun él bastaba la comunicacion con el Espíritu Santo, que todos podian obtener con la oracion.

Tantos los brownianos, como los anabaptistas, fueron perseguidos por los mismos que en otro tiempo maldecian con ellos los sufrimientos comunes; pero el nuevo movimiento aumentó su importancia; ya se habia obtenido la reforma política legal, y remediado los abusos; aún quedaba la reforma religiosa, que, precisada á unirse á la primera, era en su consecuencia vacilante y poco lógica, en atencion á ser odiados los encargados de los negocios políticos. Se comenzó por preguntar por qué se habian de sufrir, en materia de fé, trabas que no se admitian en política; con qué derecho se habia de pretender doblegar las conciencias al yugo de una unidad que era mentira; sostúvose que toda congregacion de fieles constituia una iglesia legítima, y que ningun poder podia pretender ejercer autoridad sobre ella. Adoptaron, pues, los brownianos el nombre de *independientes ó congregacionistas*.

De esta manera se allanaba el camino al principio de libertad de conciencia; y el fanatismo dominante que sólo dudaba, entre el poder absoluto del papa, la aristocracia de los obispos y la democracia presbiteriana, por quien debia ser dominada la Iglesia, consideró en esto una impiedad. Pero los debates se animaban, las creencias se conmovian, y ya no hubo límites. Ya no se queria el estado legal de la antigua Inglaterra; rechazábanse la escuela holandesa, inglesa y genovesa: y como no se admitia tampoco ningun límite al pensamiento ni á las exigencias, se creia poder someterlo todo al razonamiento y la voluntad del hombre. Despues de haber sacudido el yugo de Roma ¿por qué aceptar el de los obispos? ¿Con qué derecho formaba el clero un cuerpo rico y preilegiado? ¿Por qué dejarles otra cosa que los medios de persuasion, la enseñanza y la oracion? ¿No podia Dios conferir sus dones á quien quisiera?

En su consecuencia, nada de dogma fijo, ceremonias, ni sacerdotes. Despues de haber suprimido el orden sacerdotal, como un privilegio, los independientes reducian el culto á la comunicacion con el Espíritu Santo; mezcla de la sencillez de los primeros cristianos, de la refinada exaltacion de los quietistas, y de la ferocidad inspirada por la fé.

Aquella sencilla y vigorosa doctrina, evitaba la inconsecuencia á los ánimos firmes y la hipocresía á los corazones sinceros; respondia además á las necesidades de Inglaterra, que se encontraba en uno de aquellos momentos en que el hombre concibe la sublime ambicion de no obedecer más que á la verdad pura, y el loco orgullo de atribuir los derechos que se deriban de esta fuente á su propia opinion.

Estas ideas influyeron, como debia suceder, en la política; los independientes se propusieron libertar á sus conciudadanos de la tierra de Egipto, es decir, de la monarquía, y establecer una igualdad absoluta de clases, conformándose en todo á la voluntad de Dios y á la de la Biblia, interpretada segun el sentimiento de cada uno. Este era un partido informe compuesto de entusiastas, filósofos y libertinos, pero bastante vigoroso para dar la victoria, á pesar de los errores de les gentes de buena fé y de los vicios de los hombres perversos, de

que útilmente podia servirse un ambicioso capaz de reunir los ánimos en una tolerancia general.

En las filas de este partido se encontraba el coronel Oliverio Cromwell, hombre de buen nacimiento, educado con austeridad; aunando una modesta rusticidad á una ardiente imaginacion, puso en práctica la igualdad tratando hasta los más ínfimos como á iguales, se expresaba con frases de la Escritura, y sus actos tenian algo de trivial y exaltado. Su vestido, que era descuidado, su voz chillona, y sus modales rústicos le hacian ridiculo; no atraía la atencion sino por una elocuencia de inspirado, llena de citas bíblicas, lo que hacia muy popular una dición incierta y sin experiencia. Las medidas á medias de los calvinistas, que querian sustituir la Iglesia presbiteriana á la anglicana, las asambleas sinodales al episcopado, le parecieron impropias para excitar el entusiasmo que asegura el triunfo. Proclamó, pues, la libertad de conciencia, la independencia absoluta de la persona humana, la inspiracion directa, sin mediacion de la Iglesia ni sacerdotes. Insuficiente en los debates parlamentarios, conoció que se abría para él la carrera cuando se trasladó la discusion al campo de batalla.

Un regimiento de mil caballeros que tenían á la vista el temor del Señor, es decir, que desechaban toda moderacion, porque estaban persuadidos que peleaban por la causa de Dios, habia adoptado el nombre de hermanos rojos. Este fué el plantel de los oficiales que el parlamento puso al frente de sus tropas. Cromwell, coronel de aquel regimiento, oraba y peleaba á su cabeza, acostumbrando á sus hombres á obrar en nombre del Señor, invocarle y abandonarse á él. Las palabras de orden eran tomadas de la Biblia, los salmos reemplazaban las canciones, el mandato de *fuego* se hacia en nombre del Señor; Cromwell declaraba en alta voz que dispararia al rey si se adelantaba contra él, y se manifestaba afecto en cuerpo y alma á su partido.

Notemos, pues, las situaciones. El rey concentraba en si la autoridad espiritual y el poder temporal, quedaba, pues, expuesto á los tiros de los que reclamaban la libertad política y de los que querian la libertad religiosa. Mas

uniéronse todos los partidos, invocando los unos la política para sostener su fé, apoyándose los otros en la reforma popular, é inclinándose todos á la revolucion, que fué el objeto de la fraccion política y el medio de la religiosa.

No era, pues, como en la revolucion francesa, un acontecimiento no preparado, fuera del cual se piden y obtienen cosas que no se hubieran obtenido de otra manera. Proseguíanse, por el contrario, ideas y obras comenzadas ya hacia cierto tiempo. El poder, de que se habia abusado, fué declarado ilegítimo. Proclamóse la necesidad del libre consentimiento en materia de leyes é impuestos y el derecho de resistencia á mano armada. Pero todo esto existia en el derecho feudal, y la Iglesia lo habia consignado ya por escrito en el concilio de Toledo. Con respecto á la destruccion de los privilegios, á la igualdad ante la ley, á la admision de todos á los empleos, era lo que los reyes procuraban hacia mucho tiempo y lo que la Iglesia practicaba. Ya los nobles se habian resistido á las arbitrarias voluntades del rey; ya los monarcas habian atacado los privilegios aristocráticos (1643); ya el clero proclamaba la igualdad; pero estos tres poderes, que, juntas alternativamente, habian dominado á la sociedad, perdian la importancia, y sustituyéndose el público á ellos, queria elegir á los jefes de la sociedad. No obstante, el largo parlamento creyó que bastaba verificar la reforma legal, y hacer volver á entrar por medios que ofrecia la Constitucion, la soberanía del rey en los límites de la Gran Carta. Los comunes no trataban hasta entonces más que de atraer á sí la preponderancia en el gobierno, que, en efecto, le concedia el derecho de votar las contribuciones, al paso que el rey pretendia también tenerla, fundándose en los ejemplos anteriores. Era, pues, preciso que un acto legislativo determinase el sentido de la Constitucion sobre este punto. De ninguna manera se trataba de derribar la Constitucion primitiva, sino por el contrario, de hacer alarde de las antiguas cartas; no se atrevian á adoptar con osadía este partido, porque no estaban seguros del apoyo de la nacion.

La matanza de Irlanda pareció advertir al pueblo que el gobierno era mal aconsejado é imprevisor, y darle el derecho de dirigir ma-

nifestaciones y criticar á los ministros, lo que determinó con más claridad la posición de ambos partidos. El más avanzado creyó en la necesidad de cambiar radicalmente el gobierno y hacer prevalecer la cámara de los comunes, como representante del país; establecer en suma la soberanía del pueblo extendiendo al reino el gobierno de asambleas, fundamento de la Iglesia presbiteriana.

Pero ni la reforma legal ni la política bastaban al tercer estado, que queriendo una reforma social se dirigía á trastornar el fondo y la forma de la Constitución viciada, y á extender las atribuciones de la cámara de los comunes hasta el nombramiento de los grandes empleos, sin cambiar el sistema electivo, ni la organización administrativa y judicial. Con respecto á la religión, como los de este partido la hacían consistir en la comunicación libre de cada uno con Dios, hubieran debido unir el fanatismo á la tolerancia, si sólo se hubiera comprendido entonces este nombre. A esta fracción pertenecían los republicanos, las sectas religiosas entusiastas, y los libertinos dispuestos á hacer fortuna. Sobrevivió á las demas, porque aspiraba á ideas más elevadas y generales. Al paso que los anglicanos renegaban del papa en nombre de la independencia nacional, los escoceses y los obispos lo hacían en nombre de la del clero, y ella llegaba á las últimas consecuencias de la reforma (1644), aboliendo hasta los sacerdotes en nombre de la independencia del hombre. En las revoluciones, la fuerza es tanto mayor, cuanto más distante se encuentra el objeto á que se dirige.

Cuando los independientes pudieron arrojar la máscara, procuraron retirar el ejército del poder de los presbiterianos. Al efecto, anunciaron un ayuno general, invocando el favor del cielo. Mientras duró, predicóse mucho sobre los males de la guerra, la perfidia de los parlamentos egoistas y los generales que alargaban las cosas mientras la nación sufría. Suplicábase á Dios poner manos en la obra; y si los instrumentos empleados hasta entonces no eran capaces de verificarla, inspirar la elección de hombres más dignos. Al día siguiente, Enrique Vane decía en el parlamento que la uniformidad de las quejas de tantos altos personajes, no podía proceder sino de inspiración divina, y

exhortaba á todos á hacer acto de abnegación personal, renunciando á los empleos lucrativos. Fué el primero en dar ejemplo: Cromwell, en un discurso mezclado de teología, política, y locura, pidió que los oficiales del ejército cediesen sus empleos á otros; y el entusiasmo en unos, el deseo en otros de adquirir favor manifestando desinterés, hizo votar un bill llamado de renuncia de sí mismo (*self denying*) por el cual los miembros de ambas cámaras se declararon excluidos de todas las funciones civiles y militares.

Este gran golpe, que en un momento arrebató todo poder al parlamento, era dirigido contra el conde de Essex. En efecto, habiéndose dispuesto la organización del ejército, se eligió para su mando al caballero de Fairfax, hombre de gran valor, pero de una honradez poco escrupulosa, que á pesar del voto de abnegación quiso conservar por teniente á Cromwell, su cuñado, de quien era hechura é instrumento. Dueño entonces del ejército, el que además del vínculo vulgar de la disciplina se unía á él por el celo religioso, colocó Cromwell en sus filas á oficiales independientes, artesanos en su mayor parte, demagogos y fanáticos, que hizo invencibles animándolos con su entusiasmo. Laud, que hacia trece años permanecía prisionero, fué puesto en juicio á pedimento de Pym; pero se defendió tan bien que los pares no encontraron motivos para condenarle. Los comunes quisieron construirse de nuevo en cámara de *attainder*, y como los lores se oponían á ello dispusieron un ayuno general, medio de alentar los ánimos. Intimidados los pares, adoptaron el bill de proscripción, y Laud fué ejecutado á la edad de setenta y dos años (1645), lo que fué una crueldad inútil.

Desesperando entonces el rey de una conciliación, volvió á emprender las hostilidades; pero sus partidarios, que arriesgaban por él sus bienes y vida, pretendían darle consejos y dirigir sus acciones, de aquí disensiones interiores, no ménos violentas que las exteriores, pretensiones de empleos é intrigas. Los irlandeses ofrecían á Carlos subsidios, pero con condiciones que no se atrevía á aceptar. Su ejército se encontraba de tal manera indisciplinado, que en muchos condados se formaban *clubs*, de los cuales algunos armaban hasta diez mil

hombres para preservar las propiedades. No había, por el contrario, entre los parlamentarios desertores ni desobediencia; los oficiales parecían sacerdotes, tanto se ocupaban de los ritos piadosos en los intervalos del servicio. Muchos soldados tenían éxtasis, ayunaban y salmodiaban. Chocaba el contraste con el cuerpo de oficiales de que estaba rodeado Carlos, y que se manifestaba espléndido, orgulloso y libertino. Dividiendo su tiempo entre la guerra y la piedad, los parlamentarios se lanzaban á la pelea cantando los salmos. Derrotaron en Naseby, en el Leicester, al príncipe Roberto y al rey, á quien no sólo quitaron su artillería, sino sus más secretos papeles. Encontraron en ellos la prueba de su mala fé y de las inteligencias secretas que sostenía; así fué que la hicieron imprimir, lo que exasperó aún más los odios. En este estado, el parlamento, á pesar de la igualdad proclamada, votó á Cromwell y Fairfax el título de baron, con cinco mil libras esterlinas de renta al primero, dos mil quinientas al segundo (1645), y varios títulos á otros; después proclamó la tolerancia, lo que anunciaba persecuciones contra los de diferente secta.

Cuando Fairfax se apoderó de Bristol, se perdió la causa real. Carlos se refugió en Oxford; temiendo después ser cogido allí, en atención á que el parlamento había dispuesto su arresto, se echó en brazos de los escoceses. Esta es una de esas resoluciones generosas ó temerarias, según decide el éxito. Fué detenido por ellos como prisionero, hasta el momento en que el parlamento, mediante el pago ó liquidación de una deuda de cuatrocientas mil libras esterlinas, obtuvo que se lo entregasen. Conducido al castillo de Holmby, fué preso con centinelas de vista, sin que nadie pudiese acercarse á él, ni aún los aldeanos, que iban á ser tocados por él para ser curados de los tumores fríos.

El triunfo del Parlamento parecía completo; pero era preciso que las facciones, formadas de varios elementos, llegasen á descomponerse, cuando habían conseguido el objeto que habían anunciado. Lejos de odiar el pueblo al rey, le veneraba, aún siendo prisionero. Los presbiterianos, que dominaban en el Parlamento, se encontraban dueños del rey, que estaban ciertos de hacer adoptar fácilmente sus pretensiones,

y pidieron que se redujese el ejército, y que una parte se dirigiese contra los irlandeses, con intención de gozar tranquilamente en Inglaterra de los frutos de la victoria. Habiase concluido, pues, la revolución, ó, si se prefiere, el debate entre ambas Iglesias. Pero entonces se sublevaron los independientes, que no tenían en su favor la fuerza del número, sino la de la habilidad y el entusiasmo; además contaban por aliados á los fanáticos opuestos á los presbiterianos. Ahora bien, Cromwell hizo cambiar de aspecto la cuestión, reduciéndola á una diferencia entre la cámara y el ejército. Amotináronse, pues, las tropas parlamentarias; exigieron su sueldo y garantías antes de disolverse. Establecióse un *consejo de los agitadores*, especie de parlamento militar á imitación del de Westminster, representando los oficiales superiores la cámara alta, y dos sargentos y dos soldados por compañía, la de los comunes.

La revolución comenzaba, pues, entonces verdaderamente (1645), pues no se trataba ya de la lucha de dos iglesias protestantes sin objeto político, sino de la del ejército y el parlamento, abandonando toda apariencia de legalidad. Pronto impusieron los soldados la ley al parlamento de Westminster; habiendo enviado á Holmby á cierto número de los suyos, intimaron al rey fuese con ellos, y le condujeron á Newmarket, donde le concedieron mayor libertad, dándole palabras y esperanzas por temor de que no se uniese á los presbiterianos, que hubieran preferido su restablecimiento al despotismo militar y á los niveladores, facción nueva que proclamaba la libertad absoluta.

Cromwell marchó con los independientes sobre Londres, bajo pretexto de turbulencias y privilegios violados; fingió escuchar las proposiciones del rey, y le facilitó los medios de huir á la isla de Wight, donde el gobernador, su hechura, le detuvo prisionero.

Ahora que tengo al rey en mis manos, dijo Cromwell, tengo al parlamento en el bolsillo; y trató de tranquilizar á los niveladores, pues aquel grito de igualdad, de comunidad de bienes y poder, no le convenía. Hasta empleó los suplicios contra los que sacaban consecuencias de sus principios, y como no podía marchar con el rey á la libertad de conciencia, resolvió conseguirlo con sólo el ejército, es decir, con la

república. Poniendo, pues, por obra la energía que da la union en medio de adversarios divididos, hizo votar por fuerza al parlamento un bill (1648) que prohibía toda comunicacion con el rey, lo que equivalía á deponerle.

El pueblo, que habia esperado algun alivio en la paz, comenzó entonces á murmurar; la compasion que inspiraba el rey, le ganó amigos, y la escuadra se declaró en su favor, como tambien los escoceses arrepentidos. Pero Cromwell derrotó á los realistas, y, entrando en Escocia, alejó del gobierno á todos los moderados.

Su victoria no dejó subsistir más que un sólo poder, el de la espada, que habia triunfado. Se predicó una nueva doctrina (1648), la de la soberanía del pueblo, que confía la autoridad á quien quiere, y la retira cuando le acomoda. En su consecuencia, se declaró á Carlos incapaz de reinar, y los comunes decidieron que debía enjuiciársele como culpable de las desgracias públicas.

Antes de confirmar esta decision, la posteridad debe apreciar las circunstancias. Cada partido pretendia entonces, como siempre, ser el sólo poseedor de la verdad. Pronunciarse en favor del uno era enajenarse la voluntad del otro; proclamar la libertad religiosa, era ofender á todos. ¿Qué no intentó Carlos desde el momento en que se sentó en un trono vacilante? Trató primero de ocupar fuera el ardor nacional, pero sus empresas fracasaron; recurrió entonces á la economía y á la paz, pero el silencio á que condenó al parlamento, valió á aquella asamblea la popularidad: en fin, la rebelion de los escoceses y el ardor de los presbiterianos, hicieron imposible la tranquilidad y fué preciso rechazar con las armas la pretension de una reforma universal.

Asustado Carlos, incurrió en nuevas debilidades abandonando al suplicio á siete de sus amigos; despues de lo cual declaró el parlamento que el rey habia hecho bastantes concesiones para pensar en la paz. Pero Cromwell, que no sabia quedarse á medio camino, hizo poner preso al rey, y marchó sobre Londres con un ejército. Cincuenta y dos presbiterianos del parlamento fueron presos, otros excluidos, y los independientes que permanecieron solos, decretaron que se formaria causa al rey. Los lores rechazaron este bill; pero los comunes

declararon que representaban al pueblo inglés, y que desde luego se encontraban investidos con la autoridad suprema, que cada una de sus deliberaciones tenia fuerza de ley, sin que hubiese necesidad del consentimiento del rey ó de los pares. Fairfax se pronunció abiertamente contra aquel atentado; *Cromwell*, dijo, *no tener opinion determinada, pero que se sometia á la providencia de Dios, que parecia confiar esta elevada é importante mision á los miembros del parlamento.*

En el país del jurado, el rey se vió privado de esta garantía. Tuvo que presentarse ante una comision especial de la que formaban parte Cromwell, Ireton, su yerno, con otros *Samueles y Gedeones* encargados de juzgar al gran *Barrabás*. Cromwell, que proclamaba la soberanía de la inspiracion y de la palabra, decia que si alguno hubiese propuesto con premeditado designio, acusar al rey, le tendria por un traidor; pero que la Providencia los habia conducido á ello; rogaba á Dios bendecir sus consejos. *Ultimamente, decia, como me dispusiese á pedir que se pusiese en libertad al rey, sentí pegárseme la lengua al paladar, lo que me dió á conocer que la voluntad de Dios lo rechazaba.*

Muy afijido ya Carlos de no verse tratado como rey, no podia creer que se llegase á juzgarle. Pensaba que sólo querian asustarle; que en todo caso la Escocia se sublevaría, y que los reyes extranjeros se opondrían. Pero el de Dinamarca, su primo, guardó silencio; la España sostenia relaciones amigables con el parlamento; la Francia dió algunos pasos, pero sin insistir; los escoceses protestaron, y los Estados Generales enviaron una embajada que no tuvo resultado. Conducido Carlos ante los comisarios, exclamó: *No veo aquí á los lores y yo mismo formo parte del parlamento;* y constantemente se negó á contestar. Cromwell firmó la sentencia de muerte, y con la pluma de que se acababa de servir, pintarrajeó la cara á Enrique Martyn, que usó con él de igual chanza. Diciendo bufonadas, y llegando hasta coger la mano algunos de ellos, fué como consiguió hacer firmar la sentencia á cincuenta y nueve de sus colegas. Habiendo oido el rey al salir las voces de los soldados que se habian pagado. *Desgraciados, dijo, son inclinados á esto por sus oficiales, con quienes harian otro tanto por un*

CAPITULO V

República inglesa

poco de dinero. Habiéndole escupido uno al rostro, no pronunció más que estas palabras: *Otro tanto sufrió el Salvador del mundo.*

Su sentencia produjo grande impresion. Tratóse de remediarla con ayuda de la legalidad de los presbiterianos, y con el sacrificio de algunos lores, sus consejeros, que se declararon culpables de actos que se le habian imputado. Pero los inspirados no entendian razones; los realistas eran mal dirigidos y además estaban persuadidos que no pasaria de una simple demostracion.

Decia la sentencia que Carlos habia sido hecho rey de Inglaterra, y recibido en depósito una autoridad limitada; que despues habia hecho la guerra al pueblo y á sus representantes, con objeto de aumentar las prerogativas reales; en su consecuencia, era condenado como tirano, traidor, asesino y enemigo del pueblo. Ahora bien, nada habia en esto de cierto: no habia sido hecho rey, sino que habia nacido tal; la monarquía no se le habia concedido en depósito, la habia adquirido por la casualidad del nacimiento; su poder no era limitado sino por la fuerza; y cuando fué mayor la del pueblo, el pueblo quiso que muriese, en expiacion de aquella suprema autoridad, de que sólo se habia hecho responsable.

Es cierto que habia violado las leyes del reino con mentiras y actos opresivos; que habia usurpado las funciones de la legislatura, impuesto arbitrariamente contribuciones, puesto trabas á la libertad de las discusiones, desconocido el derecho de peticion, hecho arrestos ilegales y dado demasiadas pruebas para que no se fiasen de sus palabras; y los mismos que tomaban su defensa, sentaban este absurdo principio: *Era un mal rey; pero un hombre honrado.* Sea lo que se quiera, su suplicio fué perjudicial á la causa de la libertad, tanto más que si mereció la muerte por las intrigas con que quiso sostener el absolutismo que sus predecesores le habian desgraciadamente transmitido, la sufrió generosamente. La compasion que inspiró fué general, sobre todo despues de la aparicion de un libro que escribió, dicen, en su prision. Cromwell quiso ver el cadáver del monarca despues de estar en el ataúd; y levantándole la cabeza: *Cuerpo bien constituido y que aún prometia vivir mucho tiempo.*

No se trató entonces de aliviar las cargas públicas, sino de destruir al gobierno. Los comunes declararon que «el empleo del rey es inútil, oneroso y peligroso á la libertad, la seguridad, el bien del pueblo;» y en su consecuencia fué abolido. El dia antes se habia suprimido la cámara de los pares; y la burla de los vencedores inscribió en las puertas del palacio de Whitehall: *Esta habitacion se alquila: Predicando Hugo Peters, capellan de Fairfax, á los restos de ambas cámaras, decia á los generales: Como Moisés, sois elegidos para sacar al pueblo de la servidumbre de Egipto. ¿Cómo se verificará este designio? Es lo que aún no se me ha revelado.* Apoyando entonces la cabeza entre las manos, se inclinaba hácia el almohadon colocado delante de él; mas levantándose pronto: *Os voy á decir la revelacion. Este ejército extirpará la monarquía, no sólo en este país, sino en Francia y los demas reinos que nos rodean. De esta manera os libertareis de Egipto.*

Declaróse, pues, la república, y se adoptó un sello con esta inscripcion: *Año 1.º de la libertad restaurada por la bendicion de Dios, 1648* (estilo antiguo). Se sustituyó en el *Padre nuestro*, á las palabras de costumbre, *que llegue vuestra república.* La familia real fué proscrita; fué un crimen de alta traicion reconocer por rey á *Carlos Estuardo*, llamado *principe de Gales*, y algunos de los principales realistas fueron sentenciados á muerte. No era suficiente para muchos; habia quien pedia la libertad de conciencia, que se hiciesen las leyes en la lengua nacional é iguales para todos; que los acusados fuesen juzgados con prontitud; que se excluyese á la fuerza de los negocios civiles; algunos llegaban hasta desear la individualidad, suprimiendo toda comunidad.

Opúsose Cromwell á doctrinas poco sociales constituyendo una república posible. Impulsado al poder por la ambicion, caminaba á la ventura; pero diariamente sabia sacar partido de lo que le era ventajoso. Afectando humildad en medio de los triunfos, la abnegacion en el seno del despotismo, despues de haber dirigido la revolucion en la resistencia, la gobernaba en la victoria y en el restablecimiento del ór-